

Nuevo Peñalba

LADISLAO DE ARRIBA

En este país «everybody» quiere bailar con las marquesas. Quienes más lo desean son los del «sistema». Empezaron su andadura político-social de rojos; pasaron después a «progres»; siguieron de socialdemócratas y ahora se han colocado a la rueda de la derecha pura y dura.

La instauración del «rastrillo» en Oviedo (con pinacle incluido como en un viaje por el túnel del tiempo) me hace sospechar que la inauguración de Nuevo Peñalba ha de estar al caer.

Algunos sentirán que ya no viva doña Carmen Polo para merendar con ella mientras los mecánicos recogen las cajas de bombones para llevar al Pardo. Y volverán las tómbolas como en los años fundacionales del Tenis y la campaña de Navidad, que repartía jerséis de lana entre los necesitados cuando éstos por lo que suspiraban era por una botella de anís (Praviana o Asturiana o Marabú). Y volverá el Peñalba, aquel santuario burgués donde las «hordas» anhelaban tomar café cuando lo del 34 y lo del 36.

En plan heraldo ha llegado el



«rastrillo», supongo que a imitación de su homónimo madrileño donde toda frivolidad y afán de exhibicionista tienen cabida.

Creo que en los fastos inaugurales de semejante escaparate fue visto el delegado en Asturias del Gobierno socialista (lo de bailar con marquesas ha de ser algo freudiano).

No habrá que esperar mucho para ver a José Angel Fernández Villa marcarse unas sevillanas rocieras. Sus colegas de aquí lo hacen todos los años.

Y algunas marquesas encantadas.

Quesada



Entre paréntesis

Kohl

LUIS MEANA

La historia de este inmenso «container» de carne -1,90 de altura, unos 130 kilos de peso- es una fábula moral aleccionadora: la historia de la rana peluda que llega a convertirse en príncipe, la estrategia mortífera del caracol que se hace el tonto para trincarse a todos los listos. Durante bastante más de una década, Kohl fue tema predilecto de chistes, el canciller bobo tras el canciller listo (Schmidt) y tras el canciller carismático (Brandt), el lepero hazmerreír de todos los intelectuales listos e incluso de los ciudadanos tontos. Pero, mientras todos se ocupaban de inventar chistes, él se entregaba a su más propio

Ha sido el lepero hazmerreír de todos los intelectuales

virtuosismo: soltar carrete, pegar la silla bien al culo, dejar correr el tiempo, que no hay desprecio que cien años dure. Ahora lleva camino de romper el récord de Adenauer -su ídolo y modelo- y convertirse en el canciller de más larga duración que haya tenido nunca la Alemania democrática. Ahora, ya todo el mundo sabe quién es, propiamente, el canciller listo. Ahora todo el mundo sabe que, tras esa simple pantalla, se esconde la máquina de manejo del poder más perfecta de Europa, Mitterrand incluido: una calculadora. Ese hombre sin atributos huele el poder como el perro huele los vientos, con un instinto único y mortífero con el que ha ido imponiendo su modelo político, ha ido aplastando uno a uno a todos sus rivales, a todos sus

enemigos, y lleva camino de imponer su voluntad a Europa. Este «container» de carne fue el primero en darse cuenta, antes de que lo descubrieran incluso los intelectuales más finos, que las épocas de mediocridad piden un líder con rasgos mediocres: provinciano como ellos, algo ordinario, comilón, pero que irradie optimismo y campechanía. Un hombre sin atributos, como cualquier quidam. Naturalmente, toda esa apariencia es pura pantalla. Una pantalla muy propia de Alemania: la trampa de una tecnología superpunta bajo una apariencia supersalchichera. Eso es Kohl y eso es Alemania: una cosa siempre muy poco historiada

y muy poco aparente por fuera, pero que esconde una maquinaria complejísima por dentro. Ahora, tras la cuarta victoria electoral de este modelo, esa apoteosis de la carne mira cara a cara a la historia: el patito feo tendrá un sitio en la historia que no tendrán ni los listos -canciller de la unificación alemana-, no hay en su haber un solo error irreversible respecto a su pueblo y todo lo ha hecho en limpia competencia democrática, sin PER, ni domesticación televisiva, ni apoyo vendido/comprado a un grupo de influencia. Sólo con el misterio de la representación política: un canciller sin atributos para un ciudadano sin atributos. Lo que queda es ya labor de biógrafos: que alguien le explique al mundo cómo del canciller bobo sale el canciller listo.

Toda una mujer

LUIS ARIAS ARGÜELLES-MERES

(Carta abierta a Bibí Andersen)

Cuando el pasado domingo vi que varios periódicos de Madrid se ocupaban de la inimitable hermosura de su físico, decidí escribirle estas líneas, convencido de que usted es uno de los fenómenos más fidedignos de nuestra vida social, aunque muchos se empeñen en incluirla entre la frivolidad.

Schlegel decía que «para lo que se tiene gusto se tiene genio». Y usted ha demostrado tener el genio suficiente por haber sabido crear y dar vida al envidiable cuerpo que exhibe. Frente a la falacia de la apariencia, tan omnipresente en nuestra

sociedad, se muestra usted así de desafiante y de auténtica. En su trayectoria pública, el ser mujer fue primero y el parecerlo surgió ahora mismo en un reportaje que ha dado mucho que hablar.

Fatalmente acostumbrados a convivir con sucedáneos de escritores, de pensadores, de artistas, de periodistas, de científicos universitarios, de políticos, etcétera, nos sentimos oxigenados ante una verdadera explosión de voluntad y belleza como la suya. Lo que usted llevaba dentro, el ser mujer, no lo ha fingido, estaba condenada a serlo y a manifestarlo, aunque, para esto último, haya tenido que transcurrir tiempo y haya necesitado servirse de ciertos métodos que lo que hicieron fue

dar forma a lo que llevaba dentro y sentía. Usted se ha revelado como el ser que se llevaba gestando siempre. Usted se ha parido a sí misma. Y eso, créame, es lo más serio, difícil y heroico que se puede hacer en esta vida.

Ortega decía que el hombre ha de ser el novelista de su propia vida, que está dramáticamente condenado a inventarse a sí mismo.

Pues bien, en la España de nuestros días no conozca a ningún personaje público que mejor haya sabido llevar a cabo tal proeza que usted.

Y me va a permitir un apunte necrológico. En los suplementos dominicales a los que aludí se hablaba también de la vida y la muerte de un prohombre de

nuestra moda, cuya mayor pasión creadora había sido la de contribuir con sus diseños a crear un perfil de mujer muy genuino. Una mujer de rompe y rasga, que tuviese el especial magnetismo de la autenticidad. Y se dio el fatídico caso de que ese hombre se dejó su piel por conseguir que mujeres como usted pudiesen ser contempladas en nuestras calles y ciudades.

Piña deja de existir y el luctuoso hecho coincide con su feliz aparición pública. Como si alguien tuviese que pagar un alto precio para que un prodigio como el suyo pudiese irradiar con todo su esplendor. Como si usted, muy ajena a todo ello, fuese el ejemplo viviente del más trágico hilo conductor de un artista. Como si en cierta

medida, el irrepitible diseñador la hubiese creado.

Me vienen a un tiempo la imagen del inolvidable ojo del artista de quien le hablo y el milagroso cuerpo de usted. Hay un momento en que el lacerado ojo de Piña cobra vida y resplandece, quedándole la mirada clavada en la peculiar nuez de su garganta. Instante que, como ahora se diría, está electrizado y sobrecargado con una química muy especial.

El resto de la vida pública, en comparación con esa imagen, se me antoja falaz y baladí.

La admiro y la aprecio, Bibí, sobre todo porque su radiante belleza no es otra cosa que el milagroso parto de su voluntad. De una voluntad de poder hecha mujer.

